

# Carta a los Discípulos 79



La semana pasada, Don Joaquín Alcántara, el hijo del bien recordado Mayor del mismo nombre, me invitó a almorzar en el casco de la hacienda de su familia, donde el SHM hizo un retiro de cuarenta meses antes de cumplir la segunda etapa de su Misión.

Don Joaquín cumplió con señorío sus deberes de anfitrión en compañía de su familia y yo lo felicité por haberse portado bien en sus ciclos de vidas pasadas y tener la buena suerte de casarse esta vez con una dama dotada de buena sazón para la comida. Los recuerdos también se sentaron a la mesa manteniendo la presencia del Hermano Mayor y de su amigo, el Mayor Don Joaquín Alcántara, quien lo albergó incondicionalmente mientras él se preparaba para la segunda etapa de su trabajo Iniciático.

- Yo vine aquí hace cuarenta años y dormí en ese pasillo en una noche tibia y aromada – dije, señalando hacia la derecha del jardín – sobre un catre de arpillera y le aseguro que pocas veces he dormido mejor. Ese día fue cuando traje en mi carro al Hermano Mayor y el me invitó a cocinar hallacas mientras cantaba coplas del llano venezolano acompañado con su guitarra.
- A él le gustaba cantar mientras se cocinaban las hallacas – dijo Don Joaquín.
- Y mantenerse amable mientras tronaban las tempestades – agregué – Eran tiempos difíciles para él cuando lo traje. Recuerdo que me acerqué y le pregunté qué pensaba hacer y él, alegre como un colegial al que le anuncian que no habrá clases en la escuela la semana próxima, me dijo que parecía que la Divinidad quería mandarlo a su retiro otra temporadita.
- Nosotros no entendíamos nada de eso en aquellos tiempos.



- Poca gente lo entendía, solamente Don Vicente Licona, que había guerreado en la Revolución al lado del Capitán Alcántara, lo sabía y tenía instrucciones de no decir nada. Don Vicente era del Norte y hacía viajes desde Tijuana – a unos tres mil quinientos kilómetros de Xalapa – para llevar al Maestro por tierra hasta la frontera de los Estados Unidos de Norteamérica, y renovar la visa que le permitía vivir en México legalmente, sin pedir ayuda a nadie.

Mientras Don Joaquín me mostraba las viejas instalaciones de la hacienda, remozadas ahora para funcionar como Hotel Campestre, yo estaba viviendo cuarenta años atrás, como en aquél día en que Don Francisco Javier Rosas y yo regresábamos a México en carro, después de dejar al Maestro en Zimpizahua y Don Francisco Javier me dijo, refiriéndose al Maestro:

- ¿Qué le parece este hombre?
- Pues me parece que es un hombre muy hombre.
- Así es. Parece un boxeador de esos que los golpean hasta con la cubeta para el agua y no los tumban.

La carretera subía hacia el altiplano entre jirones de neblina, atravesando montes cubiertos de lava volcánica y pinos. Rosas y yo mirábamos fijamente la carretera y el paisaje en silencio. De pronto él dijo:

- ¿Y qué tal si le echamos una mano?

Tardé varios minutos en responderle.

- ¿Y que tal si nos metemos en un pleito que no es nuestro?
- Pero el hombre vale la pena. Si usted le entra yo le entro.
- Entonces le entramos los dos.

Las cuatro horas de camino que nos faltaban para llegar a México las pasamos pensando cómo le íbamos a entrar.

- Cultivar café ya no es negocio – dijo Don Joaquín – ahora son otros tiempos y estamos aprovechando la hacienda para habilitarla como Hotel Turístico, pero siempre tenemos presente la Bendición del Hermano Mayor.



**S.A.J.M.N.**

[www.redgfu.net/jmn](http://www.redgfu.net/jmn)